

La fiebre de los cursos de verano

LOS cursos de verano son ya costumbre familiar de las vacaciones a la moda. Las universidades que aún no los tienen se apresuran a organizarlos para competir en el mercado de la imagen tras las huellas de la Menéndez Pelayo y la de El Escorial. Famosos profesores luchan por dirigir cursos o, al menos, dar conferencias, presionados por el tópico interesado de que para contar en el mundo cultural hay que estar allí. Los estudiantes se disputan las escasas plazas disponibles, enviados especiales dedican secciones fijas en los periódicos, la televisión transmite reportajes y entrevistas.

Un examen de los programas sorprende por su variedad de temas, clásicos muchos, singulares otros, incluso algunos francamente especiales. Desde ciencias de las ahora llamadas duras, bioquímica, matemáticas o física de fluidos, hasta las humanidades, con cursos sobre escritores o movimientos artísticos, pasando por sociología, viajes, deportes, economía o religión, no hay nada que se quede fuera de unos programas que buscan sobre todo el brillo y la variedad. El fenómeno no es sólo español, pues en todo el mundo se abre un mercado del conocimiento que se disputan las mejores universidades y que quieren albergar muchas ciudades famosas como centros de veraneo.

Sin duda hay mucho de bueno en este fenómeno tan patente. Para los estudiantes es ocasión de conocer y convivir con

profesores de otras universidades o distintos ambientes y de participar en debates y conversaciones con otros jóvenes de formaciones diversas, con la tranquilidad propia del verano y de quien no va a examinarse luego. Todos los que han pasado por ello recuerdan la enorme importancia que para su formación intelectual y afectiva tuvieron las interminables y apasionadas discusiones del filo de los veinte años, cuando se descubre el mundo con hermoso entusiasmo; la receptividad mental y la capacidad de acercarse a otros están en su apogeo y no tienen límites las ambiciones de entender o cambiar el mundo. Además, la mayoría no tendrán otra ocasión de abordar unos temas que no entran en los programas oficiales. Los cursos de verano permiten también establecer relaciones entre profesores y fomentan una infraestructura que hace posible la organización de talleres, simposios y encuentros en los que los especialistas intercambian los resultados de sus investigaciones. Y, gracias a ellos, una llamada de atención sobre la importancia del trabajo intelectual resuena en la opinión pública. Y como además hay que decir rotundamente que algunos son muy buenos, los cursos de verano potencian la vida cultural de un país y deben ser mantenidos y mejorados.

PERO también son montaje publicitario, lucha por el escalafón de la imagen, pugna por ser noticia. Esto no es necesariamente malo y, en todo caso, es inevitable en esta sociedad de la aldea global y la hipertrofia de la comunicación de masas. No es malo si la publicidad, la imagen y la presencia en los titulares están supeditados a los fines propiamente universitarios. Y es aquí donde empiezan las dudas. Porque muy a menudo se valora un nombre sonoro más que las ideas que expone, coincidir con alguien famoso antes que escucharle, la anécdota mejor que el argumento. De tanto mirarlos, los cursos llegan a contagiarse de los medios y a caer en sus trampas. Una de las maldiciones del mundo de hoy es el exceso de informaciones que nos bombardean sin dejar tiempo para que podamos asimilarlas. Recibimos constantemente mensajes de radio, TV y prensa que olvidamos inmediatamente sin poder dedicarles ni un protocolario minuto de reflexión porque la implacable

sociedad de consumo nos obliga a eliminarlos para que dejen su lugar a otros. Y, fenómeno curioso, llega a parecer que los medios son más importantes que lo que dicen, que las noticias no se cuentan porque suceden, sino que suceden para que sean contadas, sobre todo en la televisión, paradigma y epítome de los medios, que no para de hablar de sí misma y de ser su propia noticia. Viene esto a cuento porque es difícil a veces evitar la impresión de que a muchos cursos de verano les ocurre lo mismo, que no se dan para explicar o debatir un tema, sino que se debate como mero pretexto para aparecer en los medios o para que personas famosas por situadas hablen de sí mismas o salgan en la foto. Y, como esta tendencia se alimenta a sí misma y crece a costa de todo lo que hay a su alrededor, surge un peligro. No que se alejen cada vez más de lo que se llama a veces la cultura viva, idea sumamente difícil de definir, sino más bien de que contribuyan a configurar la cultura del futuro como un vacío y artificial ejercicio de autocontemplación de su propio ombligo.

POSIBLEMENTE haya que convivir con ese riesgo, pero al menos habría que ser muy conscientes de ello. Porque, de no hacerlo, se reforzaría una tendencia de las universidades de invierno, es decir, de las universidades a secas que son las que de verdad importan, a pesar de la opinión contraria de algunos famosos conferenciantes. Y ello es que, tomando el rábano por las hojas, se caiga en creer que el doctorado **honoris causa** de algún personaje importante vale más que un plan de estudios bien hecho; que una conmemoración brillante con trajes vistosos es mejor ocupación que dotar laboratorios; o que seleccionar periodistas que informen de nosotros es más importante que tomar medidas para acabar con la endogamia que nos oprime. Si siempre fue malo confundir valor y precio —Machado nos decía que eso hacen los necios—, ese vicio es ahora especialmente peligroso para nuestras universidades que, tras pasar de la penuria y la incompreensión social de hace algunas décadas, pueden verse ahora deslumbradas por el aparente brillo que proyectan fuera de sí mismas. Hay que evitarlo porque si alguna institución debe vivir de su propia autocrítica y huir del éxito fácil y de la tentación del

momento, ésa es sin duda la universidad. En otros países ese riesgo, que existe hoy en todas partes, está contrapesado por una tradición sin interrupciones. No le ocurre así a la nuestra.

***POR** no hablar de los aspectos económicos en los que a menudo enormes gastos no se justifican desde las necesidades medidas por su dinámica interna, pues la exhibición y los lujos cuestan mucho. A ello impulsa la identificación de los cursos con una ciudad, que los exhibe como un atractivo turístico más como si fueran una playa o un campo de golf, aprovechando el tirón publicitario que da la presencia de famosos que tanto ayuda a crear centros de moda. La ciencia o el pensamiento llegan así a veces a no tener más valor que el de adorno, bisutería que divierte más que una fiesta, pero que se agota en su momentaneidad. Esto ocurre cada día en nuestra sociedad y no hay que escandalizarse por ello. Lo malo es que algunas universidades pagan muy caros esos fuegos de artificio detrayendo medios de otras necesidades que, aunque menos brillantes, son mucho más urgentes. Manifestación preocupante de esa obsesión por la imagen fácil es la desagradable aparición de cursos de astrología, esoterismos y pseudociencias, dados por conocidos charlatanes que obtienen así marchamos de legitimidad para exhibirlos en sus tarjetas de visita y mencionarlos en televisión con lo que, de rebote, los cursos han contribuido al engaño de tantos miles de espectadores indefensos.*

Puede que estos recelos no estén justificados y que parezcan propios de una concepción demasiado purista. Quizás es bueno que, en una cultura que aprecia tanto lo lúdico como la nuestra, se acentúe en el verano la levedad, incluso una cierta superficialidad, en beneficio de una más amplia distribución del mensaje cultural. Pero hay motivos para estar alerta. La trivialización de la cultura y la enseñanza que nos invade puede tener malas consecuencias y hay que evitar que, de rebote, entre en el quehacer ordinario, de invierno, de nuestras universidades que, sin embargo, pueden y deben beneficiarse mucho de los debates que se dan en los cursos. A condición de hacer bien las cosas.